

JOHN STEINBECK

**POR EL MAR DE
CORTÉS**

Diario de una expedición realizada a través del Golfo de California, a bordo del *Western Flyer*, *Por el mar de Cortés* da pie a Steinbeck para escribir uno de los libros de aventuras reales más apasionantes de los últimos años.

Las excepcionales dotes de observación del autor se ponen de manifiesto al describir con su agudeza y sencillez características las relaciones entre los miembros de la expedición y las incidencias, ya dramáticas, ya cómicas, del singular viaje. Destaquemos las páginas dedicadas a Ed Ricketts, compañero de expedición muerto en un trágico y absurdo accidente, dignas de figurar en cualquier antología.

ED RICKETTS

Al anochecer de un día de abril de 1948, Ed Ricketts terminó su trabajo en el laboratorio de Cannery Row. Enfundó los instrumentos, y guardó sus papeles y fichas en el archivo. Luego, bajándose las mangas de la camisa, se puso un abrigo marrón que le iba ligeramente pequeño y estrecho de hombros. Deseaba un filete para cenar, y conocía el mercado en Nuevo Monterey, donde podría conseguirlo tierno y bien cortado.

Salió a la calle que oficialmente se llama Ocean View Avenue, pero que es conocida como Cannery Row. Su viejo coche, un gastado sedán, estaba aparcado en la calzada lateral. Siempre le costaba ponerlo en marcha. Necesitaba uno nuevo, pero no podía permitirse el lujo de comprarlo a expensas de otras cosas.

Ed forcejeó con la manivela, hasta que el viejo y oxidado motor rompió en un ronco estrépito, que indicaba estaba funcionando. Entonces, quitó el freno y arrancó, enfilando la calle para dirigirse a la colina, donde la carretera se cruza con la línea ferroviaria Southern Pacific. Era casi de noche, y la luz, mezclada con la oscuridad, hacía difícil la visibilidad. Ed cambió de marcha para subir la colina. El ruido del motor apagaba cualquier otro sonido. A su izquierda, un mohoso almacén de hierro le impedía ver el camino.

El *Del Monte Express*, el tren de la noche procedente de San Francisco, surgió por detrás del almacén y chocó con el viejo auto, arrastrándolo, destrozado, un centenar de yardas. El tren se detuvo.

Ed conservó el conocimiento cuando salió despedido del coche, y cayó sobre la hierba. Al instante, una multitud

se reunió a su alrededor... viajeros del tren, y la gente que vivía en las casitas que bordeaban la vía. Poco después llegó un médico. Ed presentaba un triste aspecto. Tenía el cráneo hundido, los ojos atravesados, la boca llena de sangre, y su cuerpo estaba retorcido como si se contemplara con unos lentes equivocados. El médico se arrodilló, mientras el grupo de gentes permanecía en silencio.

—¿Estoy muy mal? —preguntó Ed.

—No sé —repuso el médico—. ¿Cómo se siente?

—Casi no siento nada —dijo Ed.

Como el doctor le conocía y sabía qué clase de hombre era, dijo:

—Eso es el choque, claro.

—¡Claro! —murmuró Ed; y sus ojos se pusieron vidriosos.

Lo colocaron en una camilla y lo llevaron al hospital. Unos ferroviarios desengancharon el coche, que había quedado cogido en uno de los vagones del tren, y el *Del Monte Express* se dirigió lentamente a la estación de Pacific Grove, que es final de la línea.

Varios médicos habían acudido al hospital, y muchos telefoneaban ofreciendo ayuda, porque todos querían a Ed. Comprendiendo que se trataba de algo muy serio, le dieron éter, y lo condujeron al quirófano para abrirle. Al terminar la operación, supieron que no había ninguna esperanza. Ed estaba muy mal; tenía el brazo roto, las costillas destrozadas, los pulmones perforados y, además, conmoción cerebral. Tal vez habría sido mejor dejarle morir bajo los efectos del éter, pero los médicos no podían cejar en su empeño, como tampoco la gente que se hallaba reunida en la sala de espera del hospital. Algunos hombres que entendían algo en medicina, empezaron a hablar de que podía ocurrir un milagro, recordando casos de gente que había sanado cuando todas las esperanzas estaban perdidas. Los cirujanos limpiaron a Ed por dentro, lo mejor posible, y después lo cerraron. De vez en cuando uno de los médicos

salía a la sala de espera. Era como enfrentarse con un jurado. Había muchas personas sentadas allí, esperando, y en todos los ojos se reflejaba una muda interrogación.

Los médicos decían lo que se dice siempre en estos casos: «Hacemos lo que podemos», y «No podemos decir nada todavía, pero parece estar haciendo progreso». Hablaban más de lo necesario, pero la gente no decía ni una sola palabra. Se limitaban a mirar.

La central de teléfonos recibía continuas llamadas de personas que ofrecían sangre.

A la mañana siguiente, Ed había recobrado el conocimiento, pero estaba muy cansado, y atontado por el éter y la morfina. Tenía los ojos desorbitados y hablaba con gran dificultad. Pero a pesar de su estado, repitió su primera pregunta.

—¿Estoy mal?

El médico que se hallaba en la habitación se detuvo en el preciso momento en que iba a consolarle con una mentira piadosa, recordando que Ed era amigo suyo y que siempre había amado la verdad.

—Muy mal —dijo.

Ed no volvió a preguntar, y aún resistió un par de días a causa de su gran vitalidad. En realidad, resistió tanto, que algunos médicos empezaron a creer lo que habían dicho acerca de los milagros, sabiendo que tal posibilidad era una tontería. Notaban que los latidos de su corazón eran más firmes, que sus mejillas adquirían color bajo los vendajes. Hasta algunas personas de las reunidas en la sala de espera se atrevieron a ir a sus casas para dormir un poco.

Y entonces, como les sucede a menudo a los hombres de gran vitalidad, la energía, el color, el pulso y la respiración se desvanecieron silenciosamente, y Ed se murió.

Cuando ocurrió esto, la impresión por el accidente ya se había enfriado en Monterey. Ed estaba muerto y había que desembarazarse de él. La gente quería quitárselo de enci-

ma con rapidez y dignidad, para poder venerar su memoria con más tranquilidad.

En una pequeña loma, no lejos de Great Tide Pool, y cerca de Lighthouse Point, hay una capillita y un crematorio. El ataúd cerrado de Ed fue colocado en esa capilla, un día por la tarde. Naturalmente, nadie quería flores, pero todos tenían miedo a que alguien hiciera un discurso, o dijera algo de él... bueno o malo. Por fortuna, la función terminó con tanta rapidez que la gente que suele hacer discursos fue cogida de improviso.

Un gran número de personas entraban en la capilla, miraban durante unos instantes al ataúd, y luego salían. Nadie quería compañía; todos deseaban estar solos. Algunos fueron a la playa, y sentándose sobre la arena, contemplaron sin fijarse cómo crecía la marea, ocultando las rocas y las algas.

La gente que había conocido a Ed Ricketts se sentía embargada por una especie de anestesia. En realidad, no sentían tristeza, sino un perplejo desamparo. ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo nos las arreglaremos ahora? Todos los que le conocieron se volvieron reservados. Era algo extraño... extraño y silencioso. Estábamos perdidos y no podíamos encontrarnos a nosotros mismos.

Va a ser difícil escribir las cosas que deben ser escritas sobre Ed Ricketts. Cualquiera de los que le conocieron pensaría lo mismo. Tal vez algunos hechos son imaginarios, y quizás algunos acontecimientos hayan crecido de proporción en la mente. También hay que contar con el impacto personal. Estoy seguro de que mucha gente al leer esta narración, comentará: «¡Bah, eso no es verdad! Ed no era así. Era de esta o aquella manera». Y el que lo diga, empezará a describir a una persona a quien este escritor no conoció en absoluto. Pero ninguno de los que le conocieron podrá negar la fuerza e influencia de Ed Ricketts. Todos se sentían profundamente influidos por él. A algunos les enseñó a pensar, a otros a ver o a oír. En la playa, enseñaba a los ni-

ños a buscar y encontrar hermosos animales que ellos desconocían. Él enseñaba a todos, sin parecerlo.

Casi todas las personas que le conocían han intentado definirlo. De él se dijeron cosas como que «era medio ángel, medio diablo». Lo cierto es que fue un gran maestro y un gran libertino... un inmortal que amaba a las mujeres. Poseía originalidad y su carácter era único, pero todos los que se referían a él lo hacían de un modo distinto. Era pacífico, pero podía llegar a ser feroz; menudo y ligero, pero fuerte como un toro; era leal, aunque no se podía confiar en él, y generoso, aunque daba poco y recibía mucho. Sus ideas eran tan paradójicas como su vida. Pensaba en términos místicos, pero odiaba y desconfiaba del misticismo. Era un individualista que estudiaba con satisfacción los animales que viven formando colonias.

Todos hemos intentado, con poco éxito, definir a Ed Ricketts. Quizá lo mejor sería anotar la ingente masa de nuestros recuerdos, anécdotas, citas, y acontecimientos. Naturalmente, unas cosas borrarán a las otras, pero así es como era él. La esencia se halla en alguna parte, y debe de haber algún modo de encontrarla.

Existe una última razón para escribir sobre Ed Ricketts. Él no morirá. Obsesiona a las personas que le conocieron. Está siempre presente, incluso en los momentos en que más sentimos su pérdida.

Una noche, poco después de su muerte, varios de nosotros estábamos bebiendo cerveza en el laboratorio. Nos reíamos y contábamos historias de Ed, cuando de pronto, uno dijo con pena:

—¡Tendremos que dejarle marchar! Tendremos que soltarle y dejar que se vaya.

Y eso era verdad, no para Ed, sino para nosotros. No podemos quedarnos con él, y, sin embargo, él no se irá. Tal vez, si escribo todo lo que puedo recordar sobre Ed, el fantasma se desvanecerá. Merece la pena intentarlo. Pero tiene que ser la verdad, porque, de lo contrario, no surtiría

efecto. Y no puede ser una conmemoración de sus virtudes, pues como de otro hombre se dijo, él tenía las virtudes con sus correspondientes vicios. No existe fórmula. El camino mejor y más sencillo será recordar lo máximo que pueda.

El *curriculum vitae* de Ed Ricketts diría: nació en Chicago, jugó por las calles, fue a una escuela pública, estudió biología en la Universidad de Chicago. Abrió un pequeño laboratorio comercial en Pacific Grove, California. Se trasladó a Cannery Row, Monterey. Estudios superiores: licenciado en ciencias. Clubs a que pertenecía, ninguno; cargos que ostentaba, ninguno. Prestó servicio militar en las dos guerras mundiales. Muerto a la edad de cincuenta y dos años, arrollado por un tren.

Me hallaba sentado en la sala de espera de un dentista de Nuevo Monterey, esperando que el dentista se hubiera muerto. Me dolían terriblemente las muelas, y no tenía dinero suficiente para que me las arreglaran bien. Mi única aspiración era que el dentista me curara el dolor, sin cargar demasiado la cuenta y sin encontrar otras cosas mal.

Se abrió la puerta del matadero, y salió un hombre menudo con barba. No le miré de cerca a causa de lo que sostenía en la mano: una muela llena de sangre, ensartada en un trozo del hueso de la mandíbula sorprendentemente grande. Mientras cruzaba la puerta, maldecía en voz baja. Luego, mostrándome aquella sucia reliquia, dijo:

—Mire esta maldita porquería —(yo ya la estaba mirando)—. Ha salido de mí.

—Parece haber más mandíbula que muela —comenté.

—Supongo que se ha puesto impaciente. Me llamo Ed Ricketts.

—Yo soy John Steinbeck. ¿Le duele?

—No mucho. He oído hablar de usted.

—Y yo también de usted. Vamos a beber algo.

Aquella fue la primera vez que le vi. Sabía de oídas que había un hombre interesante en la ciudad, el cual dirigía un

laboratorio comercial, poseía una buena discoteca y tenía otras aficiones, además del estudio de los animales invertebrados. Hacía algún tiempo que deseaba tropezarme con él.

Por aquel entonces, no nos considerábamos pobres. Simplemente no teníamos dinero. Pescando, pensando y con un mínimo de robos, conseguíamos comida más que suficiente. Las diversiones debíamos improvisarlas sin las ventajas que reporta el dinero. Nuestros entretenimientos consistían en conversaciones, paseos, juegos y reuniones con gente en idéntica situación financiera. Una verdadera fiesta se organizaba con un galón de vino de treinta y nueve centavos, y nos lo pasábamos estupendamente bien. No conocíamos a ninguna persona rica, y por esta razón, los ricos no nos gustaban, y nos sentíamos orgullosos y satisfechos de no vivir como *ellos*.

Con Ed Ricketts nos mostrábamos tímidos, porque según nuestros cálculos, él era una persona rica. Esto significaba que Ed ganaba de cien a ciento cincuenta dólares al mes, y que poseía un automóvil. Para nosotros eso era algo fabuloso, y no podíamos comprender cómo alguien podía tener tanto dinero. Pero lo aprendimos.

Conocer a Ed Ricketts era inminente. Desde el primer instante en que le vi, y durante los dieciocho años siguientes, le conocía mejor de lo que conocía a nadie, o tal vez no le conocí en absoluto. Quizás a todos sus amigos les sucedía lo mismo. Ed era distinto a todos, pero todos se encontraban a sí mismos en Ed, y ésta puede ser una de las razones por las que su muerte causó tal impacto. No era Ed quien había muerto, sino una parte grande e importante de nosotros mismos.

Al principio de conocerle, su laboratorio era una casa vieja de Cannery Row, que había comprado y transformado a su gusto. La entrada era una especie de sala de exposiciones, decorada con ejemplares marinos en frascos de cristal, colocados alrededor de las paredes. Junto a esta ha-

bitación, había un pequeño despacho, donde, por alguna razón, las serpientes de cascabel estaban encerradas en jaulas, entre la caja de caudales y los archivos. Encima de la caja de caudales había un montón de papeles y fichas. A Ed le gustaban los papeles y las fichas. Siempre los encargaba en grandes cantidades.

En el lado del edificio que daba al océano, había dos habitaciones más. Una, llena de jaulas con ratas blancas, con centenares de ratas blancas que se reproducían furiosamente. Esta habitación solía oler bastante mal, si no se limpiaba con gran regularidad... lo cual nunca se hacía. La otra contaba con una instalación de microscopios, y el equipo necesario para producir, estudiar y desecar los delicados microorganismos, que jugaban un papel tan importante en los ingresos del laboratorio. En el sótano había un almacén con frascos y cubas para guardar los animales más grandes, y también con un equipo para embalsamar e inyectar gatas, ratones, ranas y otros animales usados en las clases de disección.

Esta pequeña casa se llamaba «Laboratorios Biológicos del Pacífico, S. A.», y su funcionamiento era extraño por cuanto violaba las leyes corporativas de California. Cuando después de la muerte de Ed, la sociedad tuvo que ser liquidada, fue imposible descubrir a quién pertenecía el capital, cuánto había, o si merecía la pena. Ed archivaba cuidadosamente sus notas, pero a veces se pasaba semanas enteras sin abrir ni una sola carta comercial.

Cómo el negocio marchó durante veinte años nadie lo sabe, pero así fue, a pesar de que en determinadas ocasiones se tambaleó un poco. A veces, salía adelante con orden y eficacia, y luego fracasaba fastidiosamente durante algunos meses, mientras los pedidos se apilaban sobre el escritorio. Una vez, durante una de estas épocas de fracaso, alguien envió a Ed un pastel de queso por paquete postal. Ed pensó que era material para el laboratorio, y cuando al fin lo abrió tres meses después, no hubiéramos podido

identificar lo que era, de no ser porque iba incluida una nota que decía: «Cómase este pastel de queso en seguida. Es muy delicado».

A menudo se apilaban tantas cartas sin abrir encima del escritorio, que muchas se caían al suelo. Ed sostenía la teoría de que una carta que no se contesta hasta el cabo de una semana, no requiere respuesta. Pero aún llegaba más lejos. Una carta que no se abre hasta el cabo de un mes, no necesita abrirse.

Cada vez que se establece una regla definitiva como la susodicha, pienso en las excepciones. Ed mantenía correspondencia con varias personas. A éstas les contestaba las cartas rápidamente, usando una máquina de escribir con el mejor carácter de letra para ahorrar espacio. La compra de la máquina de escribir fue un proceso largo, pues muchos signos comerciales tuvieron que ser cambiados por signos biológicos, y además, Ed quiso que se añadieran algunos signos de lenguas extranjeras: tilde para el español, acentos y cedilla para el francés, etcétera. Raramente los usaba, pero le gustaba tenerlos.

Los días del laboratorio pueden dividirse en dos períodos. La época anterior al incendio, y la de después. El incendio fue interesante en muchos aspectos.

Una noche la corriente eléctrica se estropeó. Donde se esperaban 220 voltios, pasaron repentinamente algo así como 2.000. Y como en el pleito subsiguiente la compañía de electricidad fue declarada inocente por los tribunales, esto debe achacarse a la Divina Providencia. Lo que ocurrió fue que, en un momento, una gran parte de Cannery Row estalló en llamas. Cuando Ed se despertó, el laboratorio estaba ardiendo. Agarró su máquina de escribir, corrió al sótano y sacó su coche justo en el preciso instante en que el edificio estaba a punto de derrumbarse. No tenía pantalones, pero sí en cambio transporte y medio de escribir. Siempre admiró su elección. La colección de libros científicos, acumulados con tanta paciencia y alguno de ellos irremplazable,

desapareció. Todo el equipo, los microscopios, los frascos... no quedó nada. Pero además de la máquina de escribir y el coche, se salvó otra cosa.

Ed tenía una caja de caudales muy bonita. Era tan buena que temía que algún ladrón romántico pudiera pensar que había algo de valor en ella, y al intentar abrirla, estropease su hermoso mecanismo. Por eso, no sólo nunca la cerraba con llave, sino que ideó una palanca de madera para que no pudiera cerrarse, y puso una nota encima de la combinación, asegurando a todas las personas que la caja estaba abierta. De todos modos no había nada que meter dentro, y la caja de caudales se convirtió en un depósito de alimentos, que atraían a las moscas de Cannery Row. Había nubes de moscas que no se sentían atraídas por el pescado en conserva, sino que preferían otra clase de comida, pero hay que decir que ninguna logró nunca manejar la caja.

Pero volvamos al incendio. Después que las cenizas se hubieron enfriado, la caja de caudales se encontró en el sótano, adonde había caído cuando cedió el suelo del piso de arriba. Debía de ser una caja excelente, pues al abrirla, encontramos media tarta de piña, un cuarto de libra de queso de Gorgonzola y una lata abierta de sardinas..., todo en buenas condiciones, a excepción de las sardinas, que estaban un poco secas. Ed admiraba su caja de caudales y se refería a ella con afecto. Decía que si hubiera habido algo de valor, se habría salvado.

—Piensa en lo exquisito que es el queso de Gorgonzola —dijo—. No pudo calentarse mucho dentro de la caja. Todavía está delicioso.

A pesar de su gran erudición, o quizás a causa de ella, Ed poseía algunas cualidades ingenuas. Después del incendio hubo un montón de pleitos contra la compañía de electricidad, basados en la teoría —que más tarde se probó era equivocada— de que si los incendios eran causados por error o negligencia de la compañía, ésta debía pagar los daños y perjuicios. Los «Laboratorios Biológicos del Pacífi-

co, S. A.» fueron parte demandante en uno de estos pleitos. Ed tuvo que ir al Tribunal Supremo de Salinas para testificar. Contó la verdad lo más claramente que pudo. Amaba las cosas verdaderas y creía en ellas. En seguida se sintió fascinado por el proceso y el jurado, y pasó mucho tiempo en el Palacio de Justicia, examinando el sistema legal con el mismo objetivo cuidado que hubiera prodigado a una nueva especie de animal marino. Luego, con calma y cierta extrañeza, comentó:

—¿Sabes? Es muy fácil estar completamente equivocado respecto a un asunto. Siempre tuve la convicción, o mejor dicho, la impresión, de que el sistema legal estaba ideado para llegar a la verdad en cuestión de las relaciones humanas y de la propiedad. Pero había olvidado una cosa. Cada una de las partes quiere ganar, y este factor se aparta de la intención original hasta tal punto, que la verdad objetiva del asunto desaparece. Fíjate en el caso de este incendio —prosiguió—. Las dos partes deseaban ganar, y ninguna sentía el mínimo interés por conocer la verdad. Hasta parecían aborrecerla.

Eso fue un descubrimiento asombroso para él, y necesitaba meditarlo. Como amaba la verdad, creía que a todos les ocurría lo mismo. El hecho de que no fuera así, no le entristecía; simplemente le interesaba. Y emprendió la reconstrucción de su laboratorio y de su biblioteca con la misma metodicidad de una hormiga.

El uso que hacía Ed de las palabras no era ortodoxo, y hasta que no se le conocía, algo alarmante. Una vez, había preparado un catálogo, y quería anunciar al comercio que tenía *hagfish* disponibles en abundancia. El *hagfish* es un animal de lo más repugnante tanto por su aspecto como por su contextura, y algunas de sus costumbres son nauseabundas. Es un bicho horrible. Pero Ed no pensaba lo mismo, porque el *hagfish* realiza ciertas funciones que él hallaba fascinantes. En el catálogo escribió: «Hermoso y delicioso *hagfish*, disponible en grandes cantidades».

Admiraba los gusanos de todas clases, y los encontraba tan deseables, que cuando buscaba algún nombre cariñoso para alguna chica que amara, la llamaba *Gusanito*. La chica se ofendía un poco hasta que se daba cuenta de que Ed no usaba el adjetivo, sino el diminutivo del nombre. El uso de esta palabra significaba que la consideraba guapa, interesante y deseable. Pero, sin embargo, a la chica siempre le sonaba como un adjetivo.

A Ed le gustaba comer, y muchas de las palabras que usaba eran términos alimenticios. Le oí referirse a una chica, a un animal marino y a una canción vulgar, como «deliciosos». Su mente no tenía horizontes. Se interesaba por todo, y existían muy pocas cosas que no le gustaran. Quizás haría bien en escribir lo que no le gustaba, quizás eso sería la clave para descubrir su personalidad, aunque estoy convencido de que tal clave no existe.

Principalmente odiaba la vejez, y no concebía que él pudiera llegar a ser un anciano. Aborrecía a las mujeres viejas hasta tal punto, que no podía estar en una habitación con ellas. Decía que las olía. Poseía un sentido del olfato muy notable. Era capaz de descubrir un ratón en una habitación por el olor, y podía olfatear una serpiente de cascabel en un matorral.

Odiaba a las mujeres con los labios finos, y solía decir:

—Si tienen los labios finos, ¿dónde tendrán abundancia de formas?

Desde luego su observación era física, y accesible a una comprobación, cuya exactitud Ed parecía creer, y yo también, aunque con menos vehemencia. Pero amaba demasiado a las mujeres para tomar en consideración aquel detalle, y si una chica de labios finos se los pintaba para que parecieran gruesos, Ed estaba satisfecho.

—Sus intenciones son buenas —decía—. Existe también una plenitud de forma psíquica, y a veces puede estar muy bien.